

Max Frei

# FORASTERO II



Max Frei, autor y protagonista de esta novela, tiene veintinueve años y un talento especial para dormir (eso sí, de día, porque de noche no puede pegar ojo).

Fumador empedernido, zampabollos y gandul sin complejos, en sus ensoñaciones contacta con un mundo paralelo: el Mundo, donde la magia es una práctica cotidiana. De repente Max dejará de ser un inadaptado social para convertirse en el «inigualable sir Max».

Como miembro del departamento del Orden Absoluto, formado por una especie de agentes secretos hechiceros, participará en la resolución de diversos casos, a cual más extravagante e inverosímil, y conocerá los vericuetos de ese universo extraño y desquiciado.

## REY BANJI

La tradición de mi patria histórica es celebrar la llegada del Año Nuevo. En Yejo, a finales del invierno despiden el año pasado. Nosotros decimos: «¡Feliz Año Nuevo!», allí dicen: «¡Otro año ha pasado!».

Un par de docenas de días antes del final de año, los ciudadanos empiezan a darse cuenta de que la vida es corta... e intentan resolver todo aquello que se les había escapado de las manos durante los doscientos ochenta y ocho días anteriores. Cumplir lo prometido a alguien o a uno mismo, saldar las cuentas, cobrar lo que te adeudan e incluso afrontar por voluntad propia todas las desgracias posibles para que no amarguen esa vida feliz que supuestamente empieza una vez acabado «este año horroroso». ¡El espíritu práctico llevado al absurdo! En resumen, el Último Día del Año no es una fiesta sino una excusa tonta para iniciar de repente y luego cortar igualmente de cuajo una actividad frenética.

Yo me salvé de dicha tormenta: del informe anual se encargó sir Juffin Hally. Aunque después de dos días se sintió agobiado y traspasó esta carga a los hombros de hierro de Lonly-Lokly. Por pagar sólo me quedaban las cuentas del Esqueleto Saciado, lo cual me robó justo un cuarto de hora. En otros sitios siempre había pagado en efectivo, no es que fuera por desprecio hacia las supersticiones locales, sino más bien cultivando la esperanza de que «tocar el metal» de verdad enfriara el amor. Bueno, en mi caso no funcionó.

Al parecer, no me amenazaba ningún mal rollo, la mala costumbre de ir por la vida sembrando promesas tampoco era mi caso, por lo tanto los asuntos pendientes se limitaron a cobrar la liquidación del sueldo anual. Rindo honores al Tesorero del Departamento del Orden Absoluto, Dondi Melijais: se despidió de la pasta oficial con tan sincero alivio como si las monedas le quemaran en las manos.

Concluida la gestión no me quedó más que contemplar las caras demacradas de mis colegas. Bizqueaban de envidia ante mi uniforme sonroso de bribón bien descansado. En esos complicados días de agobio el que más caña se dio fue Melifaro: hasta dejó por un tiempo de regocijarse y, creo, perdió peso.

—¡Y ya no hablo de trabajo y otros desastres! Pero ¡tengo demasiados familiares, demasiados amigos y demasiado corazón para darles la espalda... y tan pocos Días de Libertad de Preocupaciones para cumplir las promesas! ¡Sólo un asceta huérfano, como tú, chico, es libre y feliz! —decía con amargura Melifaro.

Fue pasada la medianoche, cuatro días antes del Cambio de Año. Yo cumplía mi guardia nocturna. Y Melifaro, que se había presentado en la oficina casi al amanecer, acababa de ordenar la montaña de turno de tablillas autograbadoras dentro de la cual convivían en paz los protocolos de interrogatorios de hacía tres años y las cartas de una tal lady Assi. (Melifaro juraba por su madre perfectamente viva y sana y por todos los Maestros difuntos no tener ni la más remota idea de quién era esa lady). El pobre se arrastró hasta mi despacho para tomar una tacita de camra en ambiente íntimo puesto que en su casa le esperaban unas dieciocho personas, parientes lejanos procedentes de todas las partes del Reino Unido a quienes había ido invitando a pasar unos días en Yejo, alojamiento gratis, por supuesto. Comprendí que había llegado la hora de salvarle el pellejo.

–Mándales llamada y diles que... A ver, por ejemplo, que se prepara un atentado contra el Gran Maestro Moni Maj y nadie excepto tú puede evitar esta fechoría. Improvisa algo así y luego vete a dormir a mi casa. Claro que no tengo más que cuatro piscinas y... están mis gatos, pero entre dos males...

Melifaro me interrumpió:

–¡Oh Señor de los Rellanos Infinitos! Desde este momento mi vida te pertenece ya que acabas de salvarla. ¡Max, eres un genio! ¡Ahora ya conozco el valor de la amistad masculina! –El pálido espectro de Melifaro empezó a parecerse al terremoto que conocía. Incluso saltó un poquito en el sillón, ¡una mísera sombra de sus habituales aspavientos, pero de todos modos, mejor que nada!

–¡No es para tanto! –eludí–. Estás autorizado a dormir a pierna suelta y roncar hasta la saciedad. No tengas prisa en recuperar la posición vertical, te sustituiré por la mañana y hasta cuando haga falta.

–¿Sustituirme?! ¡¿A mí?! ¡No me ofendas, Max, ni te ofendas tú, pero soy tan insustituible que ni yo mismo podría sustituirme! Claro que... si hay motivos de fuerza mayor... Está bien, te lo agradezco.

–Me esfuerzo por mí. Soy un hombre de costumbres. Cuando te veo con esa pinta me da la sensación de que el Mundo está a punto de romperse en pedazos. Mi oferta sigue en pie hasta que tus parientes hagan las maletas.

–¡Será pasado mañana! Se irán al latifundio para torturar un poco a papá y mamá, pero eso ya no será problema mío... ¡Maestros Pecaminosos, Max! ¡Voy a llorar!

–Llorarás mañana, a la hora de bañarte. Recuerda que sólo hay cuatro piscinas, una más que en el calabozo...

–¿Te cuento un secreto terrible, Max? Tengo nueve, nueve charcos. ¡Y siempre acabo en el segundo! ¡Soy un puerco incorregible! Ea, ya lo sabes, me voy. ¡Dormir, que el cielo se haga agujeros sobre todo, dormir!

Me quedé a solas junto a *Kurush* somnoliento, abrumado por mi propia generosidad.

Al cabo de una hora tuve que dejar al pájaro sabio a cargo de mi puesto e ir corriendo al arrabal de la Ciudad Vieja, a una taberna de nombre gótico: La Tumba de Kukonin. Sir Kofa Yoj reclamaba refuerzos.

El caso en cuestión resultó más curioso que serio. Lo tomé por una especie de «fuegos artificiales prefestivos». A un tal señor Ploss, uno de los clientes habituales de La Tumba, le había llegado, como a todos, el momento de abonar sus facturas (¡las de un año entero y de golpe, por supuesto!) y no llevaba dinero encima. En realidad, el señor Ploss lo tenía fácil: esperar hasta el día siguiente, cobrar el sueldo y pagar las deudas.

Si se hubiera limitado simplemente a explicárselo al dueño de La Tumba todo habría finalizado bien, pues la gente en Yejo es pacífica y comprensiva. Pero el tipo se lió a beber, se llenó de coraje etílico y optó por ahorrar. Sospecho que le daba vergüenza pedir el aplazamiento en presencia de una docena de vecinos.

¡El señor Ploss se arriesgó empleando un truco que exige Magia de vigesimoprimer grado, y eso sí que es pasarse y de lejos! Forzó al pobre tabernero a «recordar» que le había liquidado el montante la noche anterior. El dueño tímido había comenzado incluso a pedirle disculpas por ser tan distraído, excusándose con el trajín de final de año. El truhán, «generoso», le concedió el perdón.

En medio de los ajetreos previos a la fiesta, el aventurero hubiera podido salirse con la suya sin más, de no ser por sir Kofa Yoj, a quien el viento gallardo llevó a La Tumba de Kukonin. Nuestro Maestro que Oye posee el don sorprendente de presentarse allí donde puede amargar al máximo la vida de personas en el fondo inofensivas. El indicador incorporado en su diminuta pitillera avisó en cues-

tión de segundos a sir Kofa de que había alguien jugando con la Magia Prohibida. Dar con el hechicero novel fue ya una tarea técnica.

Cuando el desgraciado señor Ploss se dio cuenta de que su broma inocente y las veinte coronas ahorradas están penados con unos diez años en Jolomi, consideró que ya no tenía nada que perder, vació otro vaso de Borrachera de Djubatyk y decidió sucumbir en combate antes que entregarse. Sigo sin entender si era valentía o imbecilidad lo que dirigía sus actos.

Encerrado en el baño, Ploss se puso a amenazar a los presentes insinuando que sus conocimientos esotéricos eran suficientes para convertir a todos en cerdos y venderlos al chiringuito más cercano a precio de saldo.

Los clientes, por si acaso, se esfumaron a la velocidad del rayo; el tabernero, a su vez, imploró gimoteante a sir Kofa que tuviera piedad de su familia, y más aún en vísperas del Último Día del Año. Las súplicas añadidas del personal ablandaron a sir Kofa, que no tardó en llamarme. ¡Nuestro Maestro que Oye está más que facultado para deshacerse de una docena de Maestros diletantes tipo señor Ploss, pero poco tiene que oponer a un montón de galopines de cocina llorando de miedo!

Envuelto en la Capa de la Muerte negra y oro, con la mueca de cólera esbozada de cualquier manera, irrumpí en la dichosa taberna. Los cascabeles de mis botas entonaban alguna melodía muy del género villancico, la boca rebelde cada dos por tres se expandía en una sonrisa, las greñas crecidas asomaban por debajo del turbante en todas direcciones. Más que la Muerte al servicio de la Corona parecía un disfraz de cotillón. Pero el dueño de La Tumba respiró con alivio evidente. Sus empleados me miraban como los adolescentes acnéicos a Harrison Ford en *Indiana Jones*. ¡Lo que hace la reputación!

Me detuve en la escalera hacia el baño y envié llamada al pobre delincuente: «Chico, aquí sir Max. Es decir, sal tú

mismo antes de que me enfade. No tientes a la muerte. Además, la cocina de Jolomi es fabulosa».

Funcionó. Para mi indescriptible asombro, el señor Ploss abandonó en seguida el retrete refugio. Estaba tan asustado que sir Kofa y yo tuvimos que cuidarle. Yo incluso solté lastre invitando al desgraciado a una copa de Borrachera de Djubatyk: ¡a su manera me había facilitado una gran diversión! Supongo que el dueño de La Tumba de Kukonin habrá conservado la moneda que le di. Debe de estar seguro de poseer el «mejor amuleto guardián»...

Por fin acudieron los funcionarios de Jolomi, los había avisado sir Kofa Yoj. Les entregamos nuestra presa, ya para entonces en estado de semisopor irremediable. Era la primera vez que yo asistía a la ceremonia de la detención. En fin, ¡un montón de impresiones nuevas!

Uno de los recién llegados, el Maestro de Proezas de guardia, alzó sobre la cabeza del detenido un cetro pequeño pero contundente. Tuve la sensación de que iba a despachar allí mismo al desdichado: ¡bum y adiós! Nada más lejos. Fui testigo de un acto mágico y no de una vulgar represión física. El cetro se iluminó de rojo sobre la cabeza del arrestado y, por un momento, se visualizó en el aire el número «21». Correcto, exactamente ése era, según apostilló sir Kofa, el grado de Magia empleado por el infractor.

Alguien sacó a la luz un cacho volumen del Código de Hrember con tapas blancas. Encima de esta Biblia del Reino Unido, sir Kofa, yo, el dueño de La Tumba y tres galopines de cocina juramos solemnemente haber disfrutado de los fuegos artificiales arriba comentados. De hecho, un testigo es suficiente, pero cuando los hay en abundancia, los funcionarios de la Cancillería de la Represión Rápida tienden al exceso de celo: una elevada cantidad de testigos confirma ante las autoridades de alto rango la eficacia laboral de los empleados. O sea, las típicas tretas funcionariales.



El pobre de Ploss, extenuado tras el ritual jurídico, fue conducido a su destino. Era agradable estar de nuevo en compañía de sir Kofa, de buena gana hubiera prolongado aquel feliz momento, pero...

—¡Hay tanto trabajo a finales de año, Max! Ya lo sabes — respondió el Maestro que Come y Oye a mi frívola proposición de volver juntos a la Casa del Puente con el fin de pasar un buen rato de camra y chismorreos—. Algo me dice: «¿Kofa, por qué no echas un vistazo a La Botella Borracha?». Así que... ¡el deber me llama!

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Qué la suerte le acompañe, sir Kofa, si no hay otro remedio! ¡Gracias por no olvidarse de mí, el Terrible Encapuchado!... Qué grotesco, ¿no? Me refiero a mi aparición.

—¡Qué va, nene! Fue bastante impresionante. Como en los viejos tiempos. Por poco se me escapa una lágrima de emoción.

Volví al Departamento. Una hora más tarde me contactó sir Kofa:

«¡Max, la intuición no me ha fallado! Magia de séptimo grado: una lady ha intentado hacer pasar una moneda de una corona por una docena. ¡También en el momento de liquidar las deudas anuales, maldita sea! Voy a distraerme a Itulo el Jorobado. Mi corazón presiente que hoy incluso allí montarán la gorda».

Me sorprendí:

«Pero ¡si es el local más elegante de todo Yejo! Allí sólo van gastrólatras respetables que no saben qué hacer con su pasta. ¿Le parece un publico quisquilloso?».

«¡El Fin de Año es el Fin de Año, Max! Mantén la guardia por si las moscas. ¡Cambio y corto!».

Todos los Detectives Secretos habían adoptado mi tic peliculero que convierte el Habla Silenciosa en una parodia de las radiotransmisiones.

Sir Kofa, en efecto, se las arregló sin mi ayuda. No porque los ciudadanos del Reino Unido recuperaran de repente el sentido común. Sólo que se abstuvieron de armar bronca durante las detenciones. Así cabía la esperanza de que la cosa se limitase a una multa o amonestación severa. Juffin vino al departamento por la mañana, muy temprano, casi antes del amanecer. Fue una visita relámpago. Ni siquiera tomó camra: ¡un acontecimiento tan inusual como el fin del mundo! Sacó de los cajones de nuestra mesa varios paquetes, me confió sus planes de volverse loco transitoriamente y se escapó a una velocidad que ni el Melifaro más en forma hubiera podido soñar.

Después vino lady Melamori y sin cruzar la puerta se puso a gemir.

—Max, usted no puede ni imaginárselo... —La pobre aún seguía tropezándose con los pronombres personales—. ¡Tú, quiero decir, ni te imaginas lo horrible que es tener una familia numerosa!

—Tengo una idea aproximada. —Suspiré—. En este preciso instante, en mi casa duerme como un lirón otra víctima de los lazos familiares. Mientras tanto, sus tres millones siete mil noventa y cuatro parientes creen que está salvando al Reino Unido.

—¿Te refieres a Melifaro? ¡Qué afortunado es! Lo mío es más difícil: mi familia es lo bastante influyente como para librarme del trabajo si éste estorba sus estúpidas reuniones. Así que a mí ya nadie me ayudará... ¡Mi único consuelo es que el año no se acabe cada docena de días!

—Tómame un tazón de camra —le propuse—. Hazme compañía media horita. No será la hazaña más memorable de tu vida pero... Por lo menos descansarás. Tal vez incluso te animes a peinarte.

Melamori se fijó en su cómico reflejo deformado por el costado abombado del tazón de cristal.

—¡Ay, qué vergüenza! Tienes razón, Max, no me vendría mal una media hora de vida normal. —Se quitó el pequeño

turbante de color lila y recogió sus cabellos despeinados –. ¡Bueno, tres días más y adiós!

–Propongo celebrar tu vuelta a la normalidad con un paseo agotador. –Consideraré que un poco de impertinencia no haría mucho daño–. ¡Gente por un tubo, calles iluminadas y nada de actos escandalosos!

–¡No es necesario! –Melamori sonrió de repente–. Quiero decir, los lugares concurridos no son obligatorios. ¿Quién, quisiera saber, sería capaz de defenderme de sir Max, el Terror de Yejo? ¿Los subordinados de Bubuta?... ¡No obstante, es de mal gusto prometer algo a finales de año! Por eso no me comprometo a nada. Cuando termine este año pecaminoso...

–Entendido. El año que viene procuraré hacer un montón de promesas tontas a toda clase de personas para no sentirme como un paciente del Albergue de los Dementes a quien le dan el alta de repente. ¡Seré como todos!

–Gracias por la camra, Max. Debo irme. Mis padres me han conseguido tres Días Libres, pero, lamentablemente, no de las Preocupaciones, sino de la Vida Humana en Condiciones. Si llegasen a saber que he venido aquí sólo para saludarle... ¡te! en vez de cumplir con mi «deber filial»...

–El de toda buena hija –remaché irónicamente.

–¿Cómo? No, más bien el de todo buen hijo, tal como lo oyes. Mi padre, Korva Blimm, ansiaba tener un hijo. Y sigue creyendo que nació niña sólo por llevarle la contraria. Testarudez fetal, o algo así, un rasgo congénito... ¡Cualquier día me escaparé a vuestras Tierras Salvajes, lo juro por el Mundo!

Melamori, amargada de nuevo, abandonó mi despacho, y después, la Casa del Puente.

Bostecé, más bien a causa de la perplejidad que del cansancio. ¡Sin lugar a dudas el mundo se iba al infierno!

Ni siquiera el inquebrantable sir Lonly-Lokly se liberó de este cáliz de amargura. Vale, admitamos que lo del in-

forme anual, el encargo perverso de Juffin, podía jorobar a todos menos a Shurf puesto que satisfacía sus viles instintos burocráticos. Sin embargo, también a él le aguardaban en su casa las gestiones acumuladas, eso sin contar con que cualquiera necesita dormir, ¡incluso si se llama Lonly-Lokly! O sea, tenía mala cara. Por vez primera observé en su rostro impasible una expresión bastante humana, lo suficiente como para atestiguar que él también estaba hasta los huevos. Sir Shurf acabó con mi camra de modo meticuloso (un tazón tras otro) y luego atacó heroicamente la última parte del informe.

Bueno, al parecer no era yo el único sujeto cuerdo en medio de aquel manicomio. La actitud de nuestro Maestro Guardián de los Conocimientos tampoco evidenciaba cambios significativos. Apareció antes del mediodía y se dejó caer por el despacho para charlar un poco. «Menos mal, si el chaval encuentra un hueco para alternar, es que lo tiene todo bajo control», colegí.

–Veo que no le gravan ni promesas infundadas, ni facturas atrasadas, ni cadenas familiares. –Daba gusto contemplar la fisonomía alegre y despreocupada, cuasiadolescente, de sir Luukfi.

–¿Por qué lo dice, sir Max? –preguntó él, sorprendido.

–¡Porque es la única persona cuyo rostro no está marcado con las huellas de la despedida agotadora del año que se va!

–¿Es que el año ya se acaba? ¡No me diga!

–¡Dentro de tres días! –confirmé.

–¡Maestros Pecaminosos! ¡Se me había olvidado! He de hablar ahora mismo con Varisha, antes de que... ¡Gracias por habérmelo recordado, sir Max!

Luukfi salió del despacho a la carrera, volcando la taza y derribando el sillón. Un reguero de camra, como un signo de exclamación melancólico, se extendió sobre el verde pelaje de la alfombra. No me quedaba otra que enco-

germe de hombros y avisar al mensajero. ¡Alguien debía limpiarlo!

Después del mediodía empecé a cabecear y a maldecir entre dientes al dormilón Melifaro. A mí, por supuesto, me encanta salvar vidas humanas pero mis dientes y mis huesos en general, los cuales, como es natural, están más cerca de mí que mis parientes, necesitaban descansar.

A pesar de todo, Melifaro vino antes de que se me agotara el abundante *stock* de blasfemias disponibles. Y lucía un aspecto tan rozagante que me sentí un santo. Fue todavía más agradable que asustar a la población de Yejo con mi Capa de la Muerte.

–¡Larga vida a sir Pesadilla Nocturna, el que regala dulces sueños! –exclamó Melifaro.

El resucitado podía alargar su parrafada hasta la eternidad, ¡qué peligro!

–Ahora me toca regalármelos a mí mismo. Me las piro. ¡Si alguien intenta despertarme, empezaré a escupir a diestro y siniestro, que lo sepáis! –manifesté yo, dimitiendo de mi recién adquirida santidad, tras lo cual reclamé, imperioso, un amoviler oficial. En mi estado, el paseo de diez minutos a bordo de mis zapatos no me parecía la mejor manera de llegar a casa. Tenía tanto sueño que comencé a quitarme la ropa antes de bajar del amoviler. ¿A quién iba a sorprender con eso a finales del año?

Los dos días siguientes transcurrieron como correspondía a esas frenéticas y terminales fechas. La tensión a mi alrededor iba en aumento. Pero por la mañana del Último Día del Año, entendí de golpe que todo se había acabado.

Sir Juffin Hally se presentó a la hora reglamentaria, se acomodó en su sillón y guardó un rato de silencio, como saboreándolo.

–¿Todavía no has aprendido a elaborar camra, Max? –me espetó de repente.

–Mucho me temo que carezco del mínimo de facultades necesarias. ¿Se acuerda de mis primeras prácticas? Los resultados fueron tan terribles que casi arrojé la toalla. Perdón, es una expresión boxística, y no me pregunte lo que significa ni una cosa ni la otra si no quiere que le pegue.

–Vale. Un rencor justificado. Me remuerde la conciencia: atraigo un hombre a un mundo ajeno, desconocido, lo lanzo a la gran aventura de su vida, y ni siquiera le enseño las cosas más imprescindibles. Ahora mismo lo arreglamos. ¿Qué, dispuesto?

Me quedé tan pasmado que apenas pude balbucir un «sí». Y en seguida nos pusimos a lanzar hechizos sobre el diminuto brasero extraído de las profundidades de la mesa de Juffin. Nuestra obra resultó aceptable aunque ni de lejos podría competir con las obras maestras del Glotón. Tras la degustación me tocó repetir la hazaña en solitario.

–Que el cielo se haga agujeros encima de tu casa, Max –refunfuñó Juffin después de probar el fruto de mi experimento–. ¡Nunca lo aprenderás! ¡Es inútil!

–Soy un alienígena –proclamé orgulloso–. Bárbaro, salvaje e inculto. Se me ha de compadecer y educar en vez de criticarme. Además, si de entrada me hubiera dicho que buscaba a un camarero que le preparara la cama, le habría contestado que yo no era su hombre.

–¡La ignorancia no es un pecado! –suspiró Juffin–. Lo que no llego a captar es por qué no te sale. ¡Con lo fácilmente que aprendes cosas mucho más complejas!

–¡Talento! –declaré con autoridad–. Cualquier cosa exige talento. Y en este campo soy pura mediocridad. ¡Considérese afortunado, Juffin, usted no ha probado nunca los huevos fritos de mi creación! Y ya no hablo de otras cosas... Los bocadillos son mi techo.

–¿De veras? Tremendo... Bueno, vámonos al Glotón. Y si viene alguien mientras estamos fuera, ya se encargará *Kurush* de él. ¿Verdad, querido? –Juffin acarició al burivuj.

*Kurush* parecía muy contento.

Como era de esperar, nuestra escapada al Glotón no se zanjó con dos tazas de camra. Fue un desayuno prolongado, respetable y me confirmó definitivamente que la pesadilla prefestiva ya formaba parte de la historia.

–¡Ni se te ocurra largarte a casa, Max! –me advirtió Juffin–. Al mediodía se celebra el colocón solemne de las Ofrendas Reales. ¡Según mis fuentes, a ti también te caerá alguna chuchería!

–¿Y sir Kumbra Kurmak no podría despedirse de mi regalito una media hora antes?

–¡Qué listo! ¿Quieres expulsar gases sin hincharte antes? ¡Olvidalo! De todos modos, Kumbra no aparecerá antes del mediodía.

–¿Y si paso del premio? Me he tirado dos días seguidos salvándole la vida a Melifaro. Y lo único que me ilusiona es meterme en el sobre.

–No pongas esos morros, Max. Tengo para ti un regalo fabuloso. ¡Nada que ver con el del rey!

Juffin empujó hacia mí una botella de cerámica, las grietas en la superficie oscura acreditaban su respetable edad.

¡¿Es...?!

–No chilles... ¡Sí, es «eso»! –La sonrisa del Jefe confirmó que se trataba del Bálsamo de Kajar, el fruto delicioso de la Magia Prohibida, el único brebaje capaz de devolverme el bienestar en cualquier situación. ¡Justo a tiempo!

–¿A qué viene ese siseo, Juffin? ¡Ni que la Pesquisa Secreta nos fuera a pillar con las manos en la masa ahora mismo! ¿Sería tan amable de iluminarme? ¿Estamos o no estamos solos? ¿O es que sir Kofa anda cerca?

–¡La historia de siempre! –gruñó el vejestorio calvo de nariz puntiaguda instalado desde hacía un rato en la mesa vecina.